

Sociología y Cristiandad

La sociología es la ciencia y el arte de la coexistencia y de la convivencia humanas.

Esta definición puede ser una entre otras muchas. Su propósito, por tanto, es recalcar los dos conceptos complementarios: la coexistencia humana y la humana convivencia, cuyo significado es el dinamismo intrínseco de cualquier sociedad y la inter-relación continua de coexistencia pura, el vivir unos junto a otros, así como el desarrollo de mas o menos lazos entre los seres humanos y la formación consiguiente de grupos sociales que constituyen el fundamento de toda vida en sociedad.

La cristiandad, por otra parte, es la estructura social del Cristianismo, su repercusión en la vida histórica de la humanidad. Constituye un concepto sociológico, perfectamente diferenciado del concepto religioso.

Partiendo de estos conceptos, distribuiremos este artículo en tres secciones:

- A. Principios generales de sociología natural;
- B. Hechos históricos de la evolución de la Cristiandad;
- C. Papel del Cristianismo en la actual crisis de la civilización.

A. PRINCIPIOS GENERALES DE SOCIOLOGIA NATURAL

1. El hombre es, por su propia naturaleza, un ser social.

La sociabilidad es una tendencia natural, no voluntaria. Así como la naturaleza humana es racional por sí misma, la sociabilidad es, al mismo tiempo, una consecuencia del instituto y de la racionalidad.

2. La sociedad existe para el hombre, y no éste para aquella.

El hombre es una existencia substancial. La sociedad es, sencillamente, una forma de existencia. En consecuencia, el hombre es un fin en sí mismo, mientras la sociedad es un medio para que el hombre pueda alcanzar su propio fin. Por tanto, en cualquier conflicto entre el hombre y la sociedad, la última palabra debe ser siempre de la naturaleza humana. Sin embargo, esto no implica que la sociedad no tenga ciertos derechos sobre el hombre. Aunque estos pueden considerarse, solamente, como derechos relativos y proporcionados.

3. La Personalidad y la Comunidad son las piedras angulares de la sociedad.

Ni la personalidad humana destruye la autonomía de una comunidad, ni ésta puede negar la soberanía de la otra. La vida social es una pugna continua entre estas dos realidades irreductibles. El fin de cualquier sociedad verdadera es alcanzar el equilibrio armónico entre la autonomía de la Comunidad y la soberanía de la Personalidad. La autonomía de la comunidad significa que su límite es la soberanía de la persona humana. La soberanía personal significa que su límite es la absoluta soberanía de Dios.

4. El grupo social es la síntesis de la Comunidad y de la Personalidad.

El hombre no es solamente un ser social, sino un ser "de agrupación". La sociedad pequeña o el grupo especificado por su finalidad natural, es el ambiente adecuado para el desarrollo de la personalidad humana. El paso de la coexistencia a la convivencia es la justificación racional de la vida del grupo. La coexistencia es el aspecto mecánico de la vida social, así como la convivencia es el aspecto orgánico. El progreso en la sociedad, como en cualquier grupo social, es la transición de una fase a otra. Ambos elementos, en su equilibrio jerárquico y en su síntesis final, son siempre fundamentales.

5. En cualquier sociedad completa existen 5 grupos fundamentales.
 - a) la familia;
 - b) la escuela;
 - c) la profesión;
 - d) el Estado, nacional e internacional;
 - e) la Iglesia.
6. En cada uno de estos grupos los valores se distribuyen de acuerdo con la jerarquía siguiente:
 - a) bien individual;
 - b) bien social;
 - c) bien común;
 - d) bien personal.

La bondad es la finalidad de la vida de cualquier grupo. Cada hombre tiene derecho a defender sus propios intereses. Por otra parte, el grupo tiene derecho a defender su propio bien: el bien de la familia puede estar en oposición con los intereses individuales de uno de sus miembros, y así sucesivamente. El bien común es, precisamente, la reunión de estas dos líneas perfectamente diferenciadas. Así pues, el bien común —*bonum commune*— es la medida de toda la vida social. Pero

la bondad final es siempre el destino eterno de cada personalidad individual.

7. Las causas sociales y las recíprocas concomitantes.

En el nivel práctico no existen causas aisladas ni privilegiadas. En este nivel, que corresponde al de la vida social, toda causa es, al mismo tiempo, un efecto. Las causas y los efectos actúan unos sobre otros, simultánea o sucesivamente. El análisis de cualquier problema social exige la valoración objetiva de los mezclados elementos en presencia.

8. Las funciones sociales prevalecen sobre los órganos sociales.

Esto significa que las instituciones son un producto natural de la sociedad, pero que los hombres no son para el beneficio de las instituciones, sino todo lo contrario. La creación de nuevos órganos sociales o la modificación de los existentes están determinadas no por la cronología o el privilegio, sino por las exigencias de la función social. El *statu quo* o el cambio, en sí mismos, nunca son la medida de ninguna organización social.

B. EVOLUCION DE LA CRISTIANDAD

1. La Cristiandad ha pasado a través de tres periodos sucesivos: la aglutinación nominal; la concentración real; la dispersión actual.

Aglutinación nominal puede llamarse la primera diseminación de centros cristianos alrededor de la cuenca mediterránea, fruto de las fundaciones apostólicas. En esta etapa existía una sola autoridad espiritual, aunque discutida, pero no una unidad social. Las células cristianas fueron los elementos vitales, y las invasiones bárbaras las corrientes mortales para el derrumbamiento del Imperio Romano. La Cristiandad era un nombre, más que una realidad. Sin embargo, el Cristianismo se encontraba ya en su expansión completa.

La concentración real fue la segunda etapa en la evolución de la Cristiandad. La Edad Media, pese a su extrema complejidad y a las luchas intestinas, ha sido una unidad con tres centros de expansión: el espiritual, en Roma; el político, en Aquisgrán; el intelectual, en París. La decadencia y el fin de la Edad Media ha sido la disociación consecutiva de estos centros. Pese a todo, la Cristiandad alcanzó en esta segunda etapa su concentración auténtica como realidad social, a pesar

del cisma de Bizancio, del aplastamiento del Imperio Germánico y de la multiplicación de universidades en toda Europa.

El alborear de los tiempos modernos abre otro período a la evolución de la Cristiandad: la dispersión cosmopolita.

Europa parece tener el privilegio de la Fe Cristiana. Las Ordenes Religiosas y los Misioneros llevan la Iglesia a los extremos del mundo.

Tres fuerzas asaltan, al mismo tiempo, la unidad previa de la Cristiandad como único orden social: las civilizaciones paganas, primitivas o elevadamente desarrolladas en Asia, Africa y América; el renacimiento de la antigüedad clásica de Grecia y Roma; y la nueva ruptura en el Cristianismo debida a la Reforma.

El Cristianismo, como un todo, no pudo resistir el impacto de estas tres corrientes históricas. Con el advenimiento de los llamados Tiempos Modernos empezó a originarse una nueva fase: la fase de la dispersión. Una nueva Cristiandad sucedió a las dos anteriores: la Cristiandad pluralista, dentro de la cual vivimos desde el Renacimiento. Las Iglesias Oriental y Occidental; ortodoxos, protestantes y católicos; la ortodoxia Católica Romana más pura conviviendo con un número incontable de adherentes nominales indeterminados y secularizados del tipo tradicional de una "sociedad cristiana", incluso agnósticos o ateos pueden considerarse como miembros de esta Cristiandad pluralista que ni es nominal, como en los tiempos medievales, sino meramente una tradición práctica e histórica, mezclada con la conservación más pura de la Fe apostólica y medieval.

La Cristiandad pluralista actual se enfrenta con una sociedad dominada por tres revoluciones:

—la revolución industrial, en Inglaterra (siglos XVII y XVIII)

—la revolución política en América y Francia (XVIII y XIX)

—La revolución social, en el mundo entero, con características contradictorias (siglo XX).

La primera de estas revoluciones introdujo en la civilización moderna un nuevo elemento de importancia capital: la máquina. La segunda trajo otro elemento de no menor significación: los derechos del hombre.

La tercera revolución puso en acción el poder de las masas a través del Estado o del Partido.

Cada una representa la hipertrofia de un elemento muy sano: la técnica,

la libertad y la justicia. En esta superestimación de un elemento único se olvidó algo: el hombre en sí mismo, con toda su personalidad.

C. CRISTIANISMO Y CIVILIZACION

1. Si dentro de la diversidad, contradicciones y confusión del pensamiento y de las situaciones modernas podemos encontrar un común denominador sencillo, es que nos encontramos en un estado de transición social.

En este caso, ¿Cuál puede ser la contribución del Cristianismo a esta crisis, a través de la Cristiandad pluralista de nuestros tiempos? Quizá sea el apoyo, y lo que deberíamos llamar "elucidación", de la posición central del hombre en la sociedad.

2. Esta reivindicación humana revisite importancia especial en la extensión de la democracia desde el aspecto político al económico, en la sociedad moderna.

3. El papel del Cristianismo en esta transferencia capital de regímenes sociales en la historia de la humanidad, no es invertir o desviar esta evolución o revolución, sino impregnar el nuevo orden social con principios de sociología natural y sabiduría cristiana, con objeto de evitar la aparición en el mundo del totalitarismo en sus formas comunista o fascista.

4. Ni el Cristianismo, ni mucho menos la Cristiandad, deben asimilarse ni confundirse con cualquier tipo de régimen político, raza, clase, continente o civilización histórica.

5. No existe un tipo único de Civilización Cristiana para el mundo entero. El Cristianismo moderno, en su tipo pluralista, es tan válido como otro cualquiera de los dos primeros tipos de Cristiandad histórica.

6. ¿Cómo puede esta Cristiandad pluralista intervenir prácticamente y no solo teóricamente en el punto crucial de la historia moderna, con objeto de evitar políticamente anacrónicas o conformismos escépticos?

7. Ni como un Partido único, ni como la alianza de la Iglesia con cualquier Estado único, aun cuando sea un estado católico jurado.

8. La independencia de la Iglesia y su presencia sobrenatural en todas las sociedades humanas, bien a través de la acción libre, o bien a través de la prueba de la persecución, es en todo momento el fermento supremo para la impregnación de regímenes políticos o económicos con los principios y la sabiduría Cristianos.

9. Los fieles, en instituciones organizadas, como la Acción Católica o partidos o grupos activos, que no contienen en sus principios Revelación y Enseñanzas Judeo-Cristianas contradictorias, están llamados a una participación enérgica y eficiente, a través de cualquier constitución válida, en los fines siguientes y otros:

- a) la honradez electoral;
- b) el pluralismo de partidos;
- c) la libertad cívica;
- d) la cooperación libre entre las autoridades políticas y espirituales;
- e) la justicia económico-social;
- f) la supremacía de la ley;
- g) la educación racional y espiritual;
- h) la preparación del bien común con su demanda completa, en bien de la personalidad humana y de la comunidad social.

10. Estas y otras actividades análogas son, en mi opinión, el camino práctico para participar, como cristianos, en el histórico momento crítico de nuestro tiempo sin reducir al mínimo los deberes del Cristianismo; o también la revelación completa de la Verdad, para el bienestar humano, sin desatender las actuales condiciones del Cristianismo histórico en su situación pluralista.

CONCLUSION

Resumiré como sigue los elementos de este destino:

1 — La Divina Providencia.

El hombre puede dirigir, hasta cierto punto, los acontecimientos históricos. Pero los designios de Dios serán siempre el misterio imprevisible de la historia.

2 — La libertad de la Iglesia.

La independencia de la Iglesia, con respecto a la civilización humana, es el medio fundamental para asegurar los beneficios de los valores espirituales en bien de la sociedad humana, en cualquier tipo de régimen social.

3 — El valor de las personalidades humanas.

El destino de la Civilización Cristiana en la tierra, está en manos de los mismos Cristianos, como seres humanos que luchan continuamente contra las tendencias crecientes de reducir al mínimo o ignorar, la posición central del hombre como fin y medida de cualquier tipo de sociedad y de todo valor espiritual.

ALCEU AMOROSO LIMA